

LOS APÓSTOLES Y LOS PROFETAS

Por Dale Rumble

Traducido por Lupe Wiltshire

PREFACIO

Ahora bien, Cristo dio los siguientes dones a la iglesia: los apóstoles, los profetas, los evangelistas, y los pastores y maestros. Ellos tienen la responsabilidad de preparar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la obra de Dios y edifique la iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo. Ese proceso continuará hasta que todos alcancemos tal unidad en nuestra fe y conocimiento del Hijo de Dios que seamos maduros en el Señor, es decir, hasta que lleguemos a la plena y completa medida de Cristo. (Efesios 4:11-13)

El compromiso con el propósito de Dios en nuestra generación es un compromiso para ver Su poder, carácter y gloria restaurados a la iglesia. Tal compromiso debe incluir una disposición de nuestra parte para abrazar y caminar en toda la gracia y la verdad que Cristo nos revela para la edificación de Su cuerpo. En particular, Él ha extendido una gracia específica a cinco dones ministeriales (apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros de Efesios 4:11), cuyo propósito es dotar a cada santo adecuadamente para las obras de servicio a las que Dios le ha llamado. Por lo tanto, el compromiso con Su propósito tiene que incluir el reconocimiento de una necesidad válida de cada uno de estos ministerios. Desafortunadamente, dos de ellos, los apóstoles y los profetas, cuyo servicio incluye la cimentación de la iglesia, se han descuidado en gran parte en la Cristiandad. Este tratado ha sido escrito para presentar una perspectiva bíblica de las cualidades y las funciones de estos dos ministerios fundamentales.

ES UNA CUESTIÓN DE GRACIA

Cada don ministerial del Espíritu Santo es únicamente un asunto de la gracia de Dios. Por ejemplo, nadie puede convertirse en un verdadero pastor, evangelista, anciano, diácono o ejercer cualquier don espiritual aparte de la gracia de Dios. *No hay diferencia en grandeza o importancia* entre los dones del Espíritu, sólo hay una diferencia en la gracia. Esto se dispensa como Dios lo ve conveniente, con cada creyente recibiendo una medida de gracia para el ministerio.

Dios, en su gracia, nos ha dado dones diferentes para hacer bien determinadas cosas... (Romanos 12:6)

No obstante, él nos ha dado a cada uno de nosotros un don especial mediante la generosidad de Cristo. (Efesios 4:7)

Pablo no se dejó intimidar ni se sintió cohibido cuando identificó su ministerio con la palabra "apóstol", porque sabía que era enteramente una cuestión del regalo de la gracia de Dios para él.

Sin embargo, lo que ahora soy, todo se debe a que Dios derramó su favor especial sobre mí, y no sin resultados. Pues he trabajado mucho más que cualquiera de los otros apóstoles; pero no fui yo sino Dios quien obraba a través de mí por su gracia. (1 Corintios 15:10)

La gracia establece la esfera, o las dimensiones del ministerio de uno, así como su carácter específico. Esto se puede ver en el ministerio apostólico de Pablo a los gentiles.

*A propósito, doy por sentado que ustedes saben que **Dios me encargó de manera especial extenderles su gracia a ustedes**, los gentiles... Dios mismo me reveló su misterioso plan... Tanto los judíos como los gentiles que creen la Buena Noticia gozan por igual de las riquezas heredadas por los hijos de Dios... **Por la gracia y el gran poder de Dios, se me ha dado el privilegio de servirlo... Por su gracia él me concedió el privilegio de contarles a los gentiles...** (Efesios 3:2-3, 6-8)*

Cualquiera que sea nuestra asignación de recursos espirituales, éstos están destinados para el beneficio de otros. Por lo tanto, somos *administradores* de la gracia de Dios de acuerdo al carácter único de nuestros dones en Cristo. Esto requiere que cada creyente sea responsable de reconocer la naturaleza y la dimensión de la gracia dada a él o ella.

*Dios, de su gran variedad de dones espirituales, les ha dado un don a cada uno de ustedes. Úsenlos bien para **servirse** los unos a los otros. (1 Pedro 4:10)*

Es importante señalar que la gracia no asciende o eleva al que la recibe; por el contrario, la gracia se da a aquellos que reconocen su incapacidad y debilidad personal. El Señor es glorificado cuando Su vida fluye a los demás, de vasos que son mansos y humildes de corazón. De hecho, la gracia *nunca* se le da al autosuficiente o soberbio de corazón. La falta de quebrantamiento limitará la gracia de Dios en cualquier ministerio.

Porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. (1 Pedro 5:5)

Sólo en el área del ministerio es que la gracia está limitada en forma individual de acuerdo a nuestro llamado en Dios (2 Timoteo 1:9). La gracia se *extiende sin medida a todos* los creyentes en el área de su carácter. A cada converso se le ofrece suficiente gracia para ser como Jesús (Juan 1:16; Romanos 5:20; Efesios 1:4-8; 2:7-8). Cualquiera que sea el nivel del pecado o el fracaso en una vida, o en una iglesia, *siempre* hay más gracia disponible en Cristo que el pecado.

Puesto que la gracia es soberanamente dispensada por Dios, ¿por qué están ciertos dones de ministerio del Espíritu, tan a menudo, ausentes de las iglesias? Una de las razones es que la gracia debe ir acompañada de fe para dar luz a la realidad de un ministerio. Esto es cierto tanto a nivel individual como corporal (o de la asamblea). Todos nosotros tenemos la responsabilidad de creer y obedecer lo que Dios nos revela en relación con nuestro lugar y servicio en el cuerpo de Cristo. Si yo estoy contento con mi propio camino y métodos de servicio, entonces no voy a buscar conocer Su llamado en mi vida. Y si yo no lo busco, no recibiré ninguna revelación. Sin embargo, si en realidad yo busco al Señor y Él revela Su

voluntad y propósito para mí, tiene que haber una fe activa *de mi parte*, con obediencia, para que llegue a suceder. Entonces, si los miembros de la asamblea reciben mi ministerio, todo está bien. Por otro lado, si está presente la incredulidad acerca de la manera del contenido de mi ministerio (es decir, alguna manifestación particular del Espíritu Santo), habría poco o ningún beneficio a los demás. Por lo tanto, la fe al *nivel de la asamblea* es también necesaria para que la gracia de cualquier ministerio se convierta en una realidad benéfica para ese cuerpo; y esto es particularmente cierto para los ministerios de los apóstoles y los profetas. Por lo tanto, la iglesia necesita ser instruida sobre cómo Cristo manifiesta Su vida a través de tales hombres y mujeres, y cómo reconocer y recibir estos ministerios.

En resumen, el ministerio se origina y fluye de la gracia de Dios por la fe; el ministerio está calificado (o descalificado) por el carácter del que ministra. También puede verse obstaculizado por la incredulidad de quienes están siendo ministrados.

EL ESTÁNDAR

Con demasiada frecuencia, recordamos a los profetas del Antiguo Testamento como un modelo para definir el rol y los requerimientos de los profetas de la iglesia de hoy en día. Del mismo modo, tratamos de caracterizar lo que un apóstol del Nuevo Testamento debe ser y hacer, por el ministerio de Pablo. Hay lecciones válidas que aprender de estos ejemplos, especialmente de Pablo; sin embargo, no son la norma por la cual nos hemos de regir. El Señor Jesús es *el único* estándar para profetas, apóstoles y todos los demás ministerios.

Los ministerios quíntuples mencionados en Efesios 4:11, son regalos de parte de Cristo dándose a *Sí mismo* a la iglesia a través de los hombres. Las diversas unciones sobre estos ministerios son dadas para equipar a *cada* miembro de Su cuerpo para el servicio, con el fin de llevar la iglesia a la madurez. Todo hombre llamado a uno de estos ministerios, debe mirar a Jesús para *todas* las calibraciones de su vida y ministerio. Si nos fijamos en algún hombre de Dios exitoso, y tratamos de imitarlo, sin duda no vamos a alcanzar lo que Cristo nos ha llamado a ser y hacer. Podríamos parecer exitosos en los ojos de los hombres, pero no en los ojos de Dios. Puesto que el Señor Jesús ha dado estos ministerios quíntuples para beneficio de *todo* Su pueblo; pertenecen a toda la iglesia y nunca sólo a algún grupo o denominación. Cada uno de Sus ministros, especialmente los apóstoles y los profetas, necesitan poseer una visión de "un solo cuerpo en Cristo" con el fin de evitar el tipo de cosas, como el sectarismo, que dividen a los creyentes en facciones.

Consideremos cómo Jesús es el estándar para los ministros, teniendo en cuenta, en particular, los profetas y los apóstoles.

Moisés profetizó que cuando el Cristo viniera, Él sería un profeta para Israel de una importancia para la nación como él mismo tenía, en el sentido de que las personas tenían que creer Sus palabras (Deuteronomio 18:15; Hechos 7:37). Pedro identificó a Jesús como este profeta al referirse a las palabras de Moisés.

Porque Moisés dijo a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis en todas las cosas que os hable; y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo. (Hechos 3:22-23)

Jesús mismo confirmó que Él era un profeta.

Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa. Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos. (Mateo 13:57-58)

Sin embargo, es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén. (Lucas 13:33)

La palabra griega para “profeta” usada en el Nuevo Testamento es PROPHETES, que significa "un anunciador de la voluntad divina." Esta palabra se compone de dos palabras, PRO que significa "antes" y PHEMI que significa "decir" o "informar".

La palabra hebrea para “profeta” en el Antiguo Testamento es NABI, que significa "un portavoz." Por lo tanto, un profeta es, en *primer* lugar, el que *habla* en nombre de Dios. La palabra ROEH se encuentra en la Septuaginta (el Antiguo Testamento Griego) y se traduce como "vidente" en lugar de “profeta.” El uso de esta palabra no implicaba percepción, sino más bien escuchar a Dios a través de visiones. En esencia, entonces, un profeta es uno que es ungido para recibir (tal vez mediante visiones), y declarar la voluntad divina de Dios.

La calidad o grado de excelencia en el ministerio de un profeta se pueden medir por tres cosas:

1. La precisión de lo que dice
2. El contenido y lo oportuno de sus mensajes
3. Qué tan bien su persona respalda la verdad de lo que dice (es decir, que su vida y su conducta no desacredita lo que habla de Dios).

De acuerdo a esta base, Jesús es el *único* y verdadero estándar para el ministerio de profeta. Habló sólo lo que el Padre le dio para hablar y sólo *cuando* y *a quien* las palabras habían sido destinadas; y la manera en que Él habló expresó el corazón de Su Padre. Su persona y Su vida entera fueron una parte tan importante de lo que Él proclamó, que Él fue llamado "la Palabra de Dios." No hubo literalmente nada que Jesús hiciera o dijera que fuera insignificante para el propósito de Dios.

Cuando examinamos la palabra "apóstol" descubrimos que significa "uno enviado en una misión." Por lo tanto, si envió un niño para entregar un mensaje a mi vecino, su tarea podría denominarse apostólica. Es evidente que el apostolado de una persona en la obra del Señor es una medida de dos cosas:

1. ¿Quién hace el envío?
2. ¿Cuál es la misión?

Jesús no vino a la tierra por Su propia iniciativa, sino que fue enviado por Su Padre (Juan 5:36-38; 6:29, 38, 44, 57). Su misión apostólica, en lo que se refiere a la iglesia, se expresa en el siguiente verso:

... sobre esta roca **edificaré** mi iglesia... (Mateo 16:18)

A través del Espíritu Santo, los hombres pueden ser compañeros de trabajo con Él en el proceso de edificación, pero Jesús es el que realmente edifica la iglesia. En primer lugar, Él se convirtió en la piedra angular (o fundamento) a través de Su muerte en la cruz; y en segundo lugar, Él es el arquitecto y constructor de *todo* lo que se coloca sobre esa piedra. Por esta razón, Él es *el Apóstol* de la casa de Su Padre.

*Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al **apóstol** y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús; el cual es fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste [**arquitecto y constructor**], cuanto tiene mayor honra que la casa el que la hizo. (Hebreos 3:1-3)*

Ésta fue la visión de la casa (o ciudad) de Dios que el Espíritu Santo construyó en el corazón de Abraham a través de los años de su relación con el Señor.

*Porque [Abraham] esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo **arquitecto y constructor** es Dios. (Hebreos 11:10)*

Hay más referencias en las Escrituras sobre el Señor como un constructor de la casa de Dios, que las que hay sobre Él como un pastor. El Señor es más que nada apostólico en Su ministerio.

Las palabras, "construcción" y "edificación", en el Nuevo Testamento se componen de dos palabras griegas: "DEMO" que significa construir, y "OIKOS" que significa casa (1 Tesalonicenses 5:11; Efesios 4:12, 16). Por lo tanto, el ministerio de alguien enviado por el Espíritu Santo para fortalecer y edificar una asamblea, podría denominarse apostólico. Es evidente que tal ministerio podría ser de enseñanza o de evangelización en su orientación, a pesar de que edificar está implícito en el proceso del ministerio.

Sin embargo, Pablo describe el ministerio de un apóstol con las palabras "perito arquitecto" (1 Corintios 3:10). Ésta es la traducción de la palabra griega ARCHITECTON de la cual obtenemos nuestra palabra en español "arquitecto."

Uno no empieza a construir una casa sin tener un conjunto de planos detallados y aprobados. Por lo tanto, la función del arquitecto debe preceder a la del contratista de obras. ARCHITECTON se compone de dos palabras con raíces griegas: una significa "empezar," y la otra "artesano". Esto es precisamente lo que el ministerio de un apóstol es en la iglesia. Él es uno enviado por el Señor para *comenzar* la construcción de una expresión local del cuerpo de Cristo.

La gracia de Dios sobre él está en su unción para saber lo que debe ser puesto fundacionalmente sobre la piedra angular, para que el Señor construya, por medio del Espíritu, lo que Él se ha propuesto hacer. Después de que se hayan sentado las bases, cada uno tiene que tener cuidado cómo edifica sobre ellas (1 Corintios 3:10). El proceso de construcción posterior podría continuar incluso hasta que el Señor regrese. Es importante, por tanto, que el fundamento establecido sea correcto y completo en previsión de lo que hay en el futuro.

La palabra griega en Hebreos 11:10 que describe a Jesús como el *arquitecto* de la casa de Dios es TECHNITES; otra palabra que significa "artesano." Esta palabra, a su vez, viene de una raíz primitiva que significa "engendrar". Así, Jesús, como el Apóstol de la iglesia, no sólo *dio a luz a* la misma (es decir, la engendró a ella), sino que también es Quien la está *construyendo*. La abnegación, la perfección y la fidelidad en la manera en que Él se ha dado a Sí mismo para hacer esto, es el estándar de todo ministerio apostólico en la iglesia.

EL FUNDAMENTO DE LOS APÓSTOLES Y LOS PROFETAS

Cuando uno establece una base y construye un edificio sobre ella, la estructura final será determinada por el destino del edificio. Por ejemplo, un cobertizo para herramientas no será como un apartamento de lujo, tampoco una casa en un árbol para un niño será como un garaje, ni un granero como un gallinero. El propósito define la estructura, que a su vez determina el fundamento. Por lo tanto, el fundamento adecuado para una casa dependerá de su propósito.

Existen numerosos grupos de creyentes que se han afiliado como iglesias legales en torno a algún esfuerzo cristiano relacionado con el evangelio. La pregunta es, ¿sobre qué fundamento han sido construidos? Si son verdaderos creyentes entonces, como tales, han construido sus vidas individuales en el Señor Jesucristo. Le pertenecen a Él, y Él es un fundamento seguro para la fe de ellos. Sin embargo, esta relación personal por sí sola no es una base suficiente para su relación colectiva como iglesia. El fundamento de Su cuerpo depende del compromiso al propósito en torno al cual se han unido. Por ejemplo, cuando se basa en las necesidades del hombre y no en el propósito de Dios, la base será deficiente.

El Señor tiene *un* propósito central para la casa de Dios; el cual es, que sea el lugar de Su presencia. Es llegar a ser Su morada donde Él pueda expresar la plenitud de Su gloria a toda la creación. Otros objetivos son secundarios, y deben fluir de éste propósito. Cuando un fundamento se establece para una iglesia local, y se basa realmente en Su propósito, será lo que la Escritura llama, "un fundamento de apóstoles y profetas." Implícito en esta base están *todos* los fundamentos de la salvación como: la fe, el arrepentimiento, el bautismo en agua, los dones y ministerios espirituales, la oración, la adoración, el orden en la familia, el compañerismo, etc. Sin embargo, al final, la importancia de estas verdades está en lo bien que sirven para construir juntos a los santos en una morada adecuada para Dios a través del Espíritu.

Los apóstoles y profetas no son los cimientos en una iglesia, sino más bien lo que ellos establecen a través de sus ministerios al edificar a los santos sobre el Señor Jesucristo, como una expresión local de Su vida.

*Porque por medio de él los unos y los otros [Judíos y gentiles] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y que son de la familia de Dios, **edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas**, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. (Efesios 2:18-22)*

Los versículos anteriores son un excelente resumen de la esencia de la salvación.

Algunos pueden argumentar que estos versículos sólo serán cumplidos por el cuerpo universal de Cristo en el futuro, y abdican toda responsabilidad de parte de ellos hoy. Sin embargo, la ciudad que el Señor habitará algún día en la tierra se *está construyendo* hoy de piedras vivas en las asambleas locales; *la forma* en que construimos hoy *es importante*, si estamos comprometidos al propósito de Dios.

Hay cuatro pilares de la verdad expresada en estos versículos que establecen Su propósito:

1. Los que han sido redimidos por la sangre de Cristo tienen acceso por un mismo Espíritu al Padre (es decir, *sólo hay un camino y un acceso a Dios*).
2. Este acceso lleva a los creyentes a una relación familiar con todos los demás creyentes (es decir, *sólo hay una familia y un cuerpo de creyentes, y un pacto que los une*).
3. La casa de Dios se basa en un fundamento sentado por los apóstoles y los profetas, que se apoya en Cristo Jesús mismo, la piedra angular (es decir, *sólo hay un fundamento para la casa de Dios*). El significado práctico de esto para nosotros hoy es cómo sentar los cimientos de las iglesias locales. Lo que el Señor había construido en Éfeso a través del ministerio de Pablo es un ejemplo de lo que esto debe ser (Hechos 19:1-10; 20:17-20, 25-35).
4. El Espíritu Santo está obrando en las asambleas por toda la tierra, encajando los miembros juntos como piedras vivas para construir expresiones locales de Su casa. Usando lo que se construye a través del Espíritu, Dios se propone edificar en el futuro, Su morada entre los hombres, el lugar de Su reposo, de la cual Su gobierno continuará sobre la tierra (es decir, hay un *solo objetivo primordial*).

Las implicaciones prácticas de las verdades anteriores se ponen en práctica en los detalles de la vida y la comunión de las iglesias locales. Somos salvos por medio de decisiones y compromisos individuales; sin embargo, sólo vamos a obtener plenamente nuestra herencia en Cristo al ser construidos juntos en las expresiones locales de Su cuerpo. Cuando aprendemos a amarnos unos a otros, cuando desarrollamos paciencia, longanimidad, bondad, compasión, el perdón y aprender a servir a los demás, proveemos el material espiritual del cual se construye nuestro lugar en la casa de Dios. Lo que construimos hoy, es con lo que vamos a vivir por toda la eternidad. Es una cosa ser salvo; es otra cosa tener un lugar de gloria en Su casa. Nuestra morada en la casa de Dios será construida de los materiales espirituales que enviamos hacia Él hoy.

Cada uno de nosotros ha sido creado con deficiencias que sólo Dios puede satisfacer. Lo que necesitamos puede venir a nosotros por una impartición soberana del Señor, o puede ser ministrado a nosotros a través de los hermanos y hermanas con los que hemos sido construidos relacionamente juntos. Esto nos pone cara a cara con un requisito importante de la base sobre la que se construye una iglesia local. Éste es el tema de la vida; la estructura, y por lo tanto el fundamento, deben ser tales que no hay obstáculo para el flujo de la vida del Señor a los miembros, o entre los miembros en su relación y ministerio del uno al otro. Lo que surge espiritualmente como estructura en un sentido organizativo o gubernamental, será el resultado de este flujo de vida.

¡Si la estructura impide este flujo, entonces la estructura está mal! Y si la estructura está mal, el primer lugar para buscar las fallas es la base. Un error común en esta área es la de organizar a los santos en una estructura jerárquica siguiendo el modelo de estructuras de mando de las fuerzas armadas o del mundo de los negocios seculares. El hombre puede optimizar su control mediante la imposición de niveles de autoridad, pero *sólo* a costa de romper los lazos horizontales de vida construidos por el Espíritu entre los miembros. ¡No debemos hacer esto!

No hay nadie en el cuerpo de Cristo sin valor en los ojos de Dios. Por el poder del Espíritu Santo, y la fe en la palabra de Dios, incluso el individuo menos prometedor puede ser salvado del pecado, ser sanado en sus emociones y su carácter de las consecuencias del pecado, para convertirse en una expresión única del amor y de la vida de Dios. La vida del Señor se expresa plenamente en una asamblea por medio de la total integración de cada miembro-contribuyente.

El cuerpo de Cristo, así como la creación de Dios, las flores, los pájaros, los animales, los planetas, las piedras preciosas, etc., todo apunta a una gran diversidad. ¡La *diversidad* expresa el corazón de Dios y es particularmente así en la iglesia! Sólo a través de las múltiples y diversas unciones de los ministerios quíntuples equipando a los santos, puede cada miembro en una iglesia local ser enseñado, apacentado, edificado en la fe, vinculado con otros y establecido en la justicia, a fin de que alcance el lugar de servicio al que ha sido llamado en Cristo. Un fundamento correcto es aquel que anticipa y promueve esa diversidad; un fundamento humano conduce a la conformidad religiosa y el control del hombre.

La arquitectura impulsora de Dios para la iglesia local se revela en el patrón que Él le dio a Moisés para la construcción del tabernáculo del Antiguo Testamento. Por ejemplo, las cualidades del Espíritu que unen a los creyentes en una asamblea, se prefiguraron en el material y la construcción de las paredes del tabernáculo (Éxodo 26:15-30). La madera es un tipo de la naturaleza humana, así como el oro es un símbolo de la naturaleza de Dios. Las tablas verticales utilizadas para construir las paredes eran de aproximadamente setenta centímetros de ancho y cinco metros de altura. Éstas fueron cortadas del árbol de acacia, cuya madera era muy dura y nudosa. Se requirió gran habilidad y recursos para recortar y aplanar estas tablas para que quedaran perfectamente rectas con superficies lisas. Esta atención a los detalles era necesaria para que las paredes se construyeran uniformes y rectas. Cuando se completaba una tabla, se enchapaba en oro. La cantidad de trabajo requerido para terminar cada tabla apunta a la gran tarea del Espíritu Santo en la transformación de nuestras naturalezas, retorcidas y nudosas por las consecuencias del pecado y de andar por nuestro propio camino, a unas naturalezas justas que reflejen la vida en Cristo (es decir, la cubierta de oro).

Cada tabla era terminada de manera que pudiera ser estrechamente vinculada a las dos tablas adyacentes a la misma. Esta unión apunta a la verdad de que somos miembros unos de otros, y que Dios quiere construirnos juntos a través de un compañerismo de vida en el Espíritu Santo. No hemos de ser independientes unos de otros. Cada uno de nosotros ha sido formado para adaptarse a un lugar especial en el cuerpo que ha sido preparado solamente para nosotros. Por lo tanto, las tablas revelan por qué el carácter y el compañerismo son tan necesarios para la unidad de una asamblea local.

Sin embargo, además de las tablas verticales, se requieren otras partes para hacer una asamblea suficientemente fuerte en el Espíritu para soportar las presiones destructivas de las fuerzas externas que vienen en contra de ella. Cinco barras de madera, que también

tenían una terminación suave y se enchapaban en oro, se montaban en forma paralela y horizontal a lo largo de la superficie exterior de la pared. Estas barras daban a la pared la resistencia de soporte y la estabilidad necesaria para mantenerse firme.

Las barras se refieren a los cinco ministerios de Efesios 4:11, y de su importancia para la fuerza y la unidad espiritual de la iglesia. Su posición horizontal apunta al hecho de que son “siervos” (sirvientes voluntarios); se montan con el fin de servir a las demás tablas. Una de las barras corría toda la longitud de la pared, estando en contacto con cada tabla. Esto se refiere al ministerio fundamental de un apóstol. Todos los llamados "a ser una de estas cinco barras" deben estar preparados para que el Señor los recorte, aplane y suavice con papel de lija, con el fin de adaptarlos al lugar al que Él los ha llamado. Sin embargo, éstos no tienen derecho a decir que han alcanzado plenamente su ministerio, si aún no están "*cubiertos de oro*." Una cosa es ser llamado a un ministerio; otra cosa es que todo el mundo en la iglesia reconozca la gracia del Señor Jesús, que descansa sobre él. ¡El oro del carácter de Dios es lo que tiene que ser evidente!

Cuando examinamos el historial de cómo el apóstol Pablo sentó las bases de iglesias, nos encontramos con que su último paso para completar un fundamento fue el nombramiento de ancianos para supervisar y apacentar la iglesia (Hechos 14:23; Tito 1:5). Esta compañía plural de hombres, junto con los ministerios de los que viajan entre iglesias, se convierten en la fuente de las cinco barras para esa pared (o iglesia) en particular. La cubierta de oro de las barras prefigura los requisitos para los ancianos (Hechos 20:17, 28-35; 1 Timoteo 3:1-7; Tito 1:5-9; 1 Pedro 5:1-3).

El gobierno de Dios es una parte integral del fundamento. El elemento más importante es el señorío de Cristo en las vidas individuales. El gobierno de la iglesia *nunca* debe usurpar este aspecto de una relación entre Pastor y ovejas. Sin embargo, en el sentido *colectivo*, el gobierno del Señor sobre Su pueblo reside con los que Él nombra para supervisar la iglesia. La siguiente pregunta de dos partes ayudará a distinguir entre lo que las Escrituras enseñan y lo que se practica generalmente en las iglesias tradicionales sobre el gobierno de la iglesia:

1. ¿Por qué es que las Escrituras asignan la responsabilidad de la supervisión y el pastoreo de una iglesia a los ancianos, y la responsabilidad de equipar a los santos para el servicio, a los cinco ministerios mencionados en Efesios 4:11?
2. ¿Por qué se dan requisitos detallados para ancianos, y sin embargo, no se dan para estos cinco ministerios?

La respuesta obvia a estas preguntas es que los ancianos en la Biblia fueron elegidos entre hombres de carácter piadoso que también habían sido llamados a uno de estos cinco ministerios. Lo que tan a menudo es visto como ancianos en las iglesias tradicionales y de denominaciones, no debe confundirse con los ancianos del Nuevo Testamento.

La importancia de las cinco barras revela que se requiere más que el ministerio de un solo hombre para supervisar una asamblea y equipar a los santos. Se requiere la diversidad de un ministerio quíntuple. Por lo tanto, los ancianos no deben ser clones, sino que deben ser únicos y diferentes unos de los otros en la gracia y la unción de sus ministerios. Cada uno debe reconocer la diferente gracia que descansa sobre sus compañeros. Han de presentarse como *un solo* hombre en la responsabilidad de la supervisión, pero *diferirán* en la gracia y autoridad de sus ministerios. En general, pasará

algún tiempo después de que los primeros ancianos tomen su lugar, antes de que un ministerio quíntuple emerja en una iglesia. Esta es una razón para la necesidad de ministerios de los que viajan entre iglesias para ayudar a equipar a los santos.

LA IGLESIA: UN PUEBLO PROFÉTICO

Cuando el Señor se comunica con el hombre, el lenguaje del Espíritu Santo es la revelación. En nuestra condición humana no hay manera de que podamos tener una comunicación bien articulada con Dios, así como uno de nuestros animales domésticos no podría hablar con nosotros. Por esta razón, Dios traduce por medio del Espíritu de revelación cuando Él nos habla. Por supuesto que Él no tiene ningún problema en entendernos, sin importar el idioma, ya que Él no sólo reconoce nuestras palabras, Él también lee nuestros corazones. Por lo tanto, nada que podamos decir o que pensemos decir, se le escapa a Él. Nosotros nos comunicamos con Dios para orar, adorar y tener compañerismo con Él; mientras que Él, a Su vez, trata de revelarse a Sí mismo y Sus caminos a nosotros, para que podamos entrar en la plenitud de nuestra relación como Sus hijos. Su persona, Sus caminos, y todo lo que Él ha preparado para los que lo aman, *no* pueden entenderse aparte de la revelación (1 Corintios 2:9-14).

La revelación es ante todo, una revelación de la gloria y la majestad de Su Persona; y es a partir del verdadero conocimiento (EPIGNOSIS) del que fluye cualquier otra revelación (Efesios 1:17-23). Esto comienza con el LOGOS o el historial revelado de lo que Dios ha declarado sobre lo que es Su voluntad y Su propósito para los hombres. Por lo tanto, la revelación de Jesús comienza por verlo a Él *primeramente* como la Palabra de Dios, porque todo lo que vino a la existencia fue por las palabras de Su boca. Él no sólo es la Palabra, sino que también Él es el resplandor de la gloria de Su Padre, la imagen misma de Su naturaleza; Él posee *toda* autoridad en el cielo y en la tierra; Él está antes de *todas* las cosas, y por Él *todas* las cosas subsisten; en Él habita *toda* la plenitud de la divinidad, y Él es la cabeza sobre *todas* las cosas en la iglesia. En la medida en que lo conocemos, es que también vamos a conocer al Padre, y darnos cuenta de lo que significa ser coherederos con Cristo, y comprender la esperanza de Su llamamiento, y las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos.

Por lo tanto, el lugar para empezar a conocerlo es mediante el estudio y la búsqueda con oración, de Su Palabra que *nunca* cesará. Ese es el criterio (o plomada) por el cual cada revelación ha de ser juzgada, para asegurarnos que viene de Dios. En esto están las preciosas y grandísimas promesas que, a través de nuestra fe, están diseñadas para transformarnos en Su semejanza (2 Pedro 1:2-11).

Aunque es cierto que las Escrituras son la Palabra de Dios, y por lo tanto vivas, enérgicas e inherentemente poderosas, debemos recordar que se necesita el Espíritu de Dios, Quien las sopló a la existencia, para entenderlas adecuadamente. Él es quien ilumina, aclara y da visión y revelación divina a los hombres con respecto a las Escrituras. Y sin Su intervención y ayuda, el hombre se queda solo con su propio razonamiento y sabiduría natural para entender una obra literaria verdaderamente sobrenatural... la Palabra de Dios. Él solo hace que las Escrituras convenzan de pecado, ajusten, inspiren y llenen de energía la vida del creyente, a fin de cambiarlo a él para siempre, convirtiéndose así en luz y vida para los demás.

Conforme los cristianos comienzan a vivir y a caminar en la verdad, se van convirtiendo en un pueblo profético para el mundo. El propósito del Señor para Su cuerpo

es que se conviertan en un pueblo que vive en la oscuridad del mundo de una manera tal que sus palabras, sus vidas, sus relaciones y ministerios son una luz profética a los hombres y las naciones. Dios busca hacer Su Palabra (El Verbo) carne en Su pueblo, para que en ellos, el mundo pueda entender la naturaleza, las obras y el propósito de Dios. Toda la creación está en espera de esta manifestación de los hijos de Dios (Romanos 8:19).

El plan del Señor que se despliega para Su iglesia, sólo puede alcanzarse si *cada* miembro está equipado para el lugar específico de servicio y del llamado que el Señor ha ordenado para ellos (Efesios 4:12-16). Por esta razón, cada uno de nosotros tiene deficiencias inherentes en las capacidades y el entendimiento espiritual que nos hace dependientes de lo que nuestros hermanos y hermanas han recibido del Espíritu.

Implícito en todo ese suministro es el espíritu de revelación, que se manifiesta a través de una variedad de dones, una variedad de ministerios y con una variedad de operaciones (1 Corintios 12:4-6). A través de esta diversidad múltiple de las manifestaciones espirituales es que el Señor se revela a Sí mismo y Su camino a través de Su cuerpo compuesto de muchos miembros. Algunos ministerios reveladores y específicos son los siguientes: la palabra de conocimiento, la palabra de sabiduría, discernimiento de espíritus, los ministerios de la palabra, canciones espirituales, sueños, visiones, el don de lenguas, el don de interpretación de lenguas, y finalmente expresiones proféticas (1 Corintios 12:8-11). Aunque todos son necesarios, y ninguno debe de considerarse de poca importancia, sin embargo, la predicación y la profecía ocupan lugares únicos de importancia en traer la revelación a la iglesia.

Siempre hay un factor de tiempo en el área de la profecía. La iglesia de hoy en día no está en la condición que estaba en la última generación. Una restauración constante ha tenido lugar desde los días de Martín Lutero hasta ahora. Desde finales de 1940, Dios ha estado hablando mucho acerca de la restauración de los ministerios apostólicos y proféticos. Nos estamos acercando al momento en que todo será restaurado, y el Señor vendrá por Su iglesia (Hechos 3:19-21). Por medio del ministerio profético, Dios nos habla de acuerdo a la era *donde* nos encontramos, y en el contexto de lo *que* Él está haciendo en nuestros días. Por esta razón, como un pueblo profético, nuestras vidas y ministerios deben señalar claramente a la importancia de los días en que estamos viviendo.

EL MINISTERIO DE UN PROFETA

Hay tres niveles (o dimensiones) de las declaraciones proféticas en la iglesia. En primer lugar, cada creyente lleno del Espíritu puede manifestar el espíritu de profecía (1 Corintios 14:31; Apocalipsis 19:10). Este aspecto de la profecía esencialmente exalta al Señor Jesús, revelando Su corazón a la gente y exhortándolos a responder a Él y entre sí.

Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados. (1 Corintios 14:31)

En segundo lugar, está el don de la profecía, que sólo se les da a algunos creyentes. Este don generalmente tiene un mensaje con un contenido más extenso, uno que está destinado a edificar, exhortar y consolar (1 Corintios 12:1, 4, 10).

En tercer lugar, está el ministerio de un profeta. Este ministerio se producirá con menos frecuencia que el don de la profecía. El contenido profético de estos mensajes será aún más importante y puede incluir una directiva o palabras confirmatorias relacionadas

con las vidas, los ministerios y las decisiones de los demás, así como eventos o circunstancias que afectan a la iglesia. Tres ejemplos de ministerio de un profeta del Nuevo Testamento se encuentran en las siguientes Escrituras: Hechos 11:27-28; 13:1-4; 21:10-11.

Cuando hablo de un profeta, no me refiero simplemente a alguien que tiene este llamado particular en su vida, sino a aquel que cumple los requisitos de un anciano y que ministra en relación, y rinde cuentas, a los ancianos en una iglesia local. Su ministerio apoyará la siguiente guía y restricción:

Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. (1 Corintios 14:29)

El hecho de que un hombre profetiza a menudo en la iglesia no lo hace profeta. Además, es importante no establecer pública y prematuramente un ministerio emergente, no sólo por su bien, sino también por el bien de la iglesia.

Cuando los profetas son residentes en una iglesia local, son parte de los ancianos. Cuando viajan a otras localidades fuera de sus propias iglesias han de ser vistos y recibidos en la luz de su don ministerial en particular. En ambos casos, profetizan debido a la carga que el Señor les ha dado. Esto no quiere decir que un anciano que profetiza es necesariamente un profeta; o que uno que está llamado a ser profeta, es también un anciano.

*El que recibe a un profeta **por cuanto es profeta**, recompensa de profeta recibirá... (Mateo 10:41)*

Un ejemplo de esta doble identidad se encuentra en la iglesia en Jerusalén. Hechos 15:22 identifica a Judas y Silas como ancianos en la iglesia local; versículo 32 muestra que eran profetas en sus ministerios viajantes. Del mismo modo, Pedro era un anciano y apóstol (1 Pedro 5:1).

Cuando un profeta, o cualquier otro ministro, ha sido liberado para viajar fuera de una asamblea, significa que ha sido *enviado* por el Señor y es *liberado* por la iglesia. En general, no va a viajar solo, sino en un equipo, y con el tiempo va a regresar y rendirá cuentas a la iglesia y a los ancianos que lo liberaron para su misión (Hechos 14:26-27).

Es en este contexto de ministerio entre diversas localidades que los profetas trabajan en forma conjunta con los apóstoles para sentar bases para nuevas iglesias. La importancia de su ministerio en este tipo de esfuerzos se puede resumir de la siguiente manera:

- Debido a revelaciones específicas, un profeta es capaz de expresar claramente el corazón de Dios en los asuntos que son pertinentes a la iglesia embrión. Algunos ejemplos posibles podrían ser: la identificación de un "hombre fuerte" que Satanás puede haber colocado sobre el área; obstáculos en la vida de alguien que el Señor está llamando a Su servicio; la impartición e identificación de los llamamientos de algunos creyentes; pecado oculto; circunstancias desconocidas que podrían paralizar la obra de Dios si no se reconocen; relaciones impías que deben ser rotas, etc.
- Él traerá una claridad nítida y énfasis en la palabra de Dios enseñada por los ministerios apostólicos y otros. Debido a este aspecto de su ministerio, es más capaz de inspirar a los creyentes a comprometerse con el propósito de Dios. Su ministerio suele dirigir su enfoque a los detalles importantes.

- Él impartirá a la gente una comprensión clara del momento en el que están viviendo con respecto a lo que Dios está diciendo y obrando en la iglesia global y, en particular, de lo que Él está haciendo en medio de ellos. En Sus palabras directivas, Él no va a dirigir a la gente a regresar a las raíces tradicionales, pero les señalará el presente y el futuro (Isaías 42:9, 43:18-19).
- Él quiere ministrar como siervo; uno que está dispuesto a renunciar sus derechos y privilegios por el bien del evangelio. No se le conocerá como uno que *domina*, pero como uno que *sirve*.
- La integridad de su carácter será un ejemplo de la vida y la justicia a la que él está tratando de llevar la gente. Él hará hincapié en la relevancia del carácter para el ministerio en la vida de los santos. Cualquier profeta maduro será capaz de señalar dificultades, problemas, circunstancias, persecuciones, aflicciones y malentendidos por los que el Señor lo ha hecho pasar, con el fin de prepararlo para su ministerio.
- Cuando un profeta habla en nombre de Dios, sus palabras transmiten dos cosas: el *pensamiento* y la *actitud del corazón* del Señor. Hablar palabras correctas con un espíritu incorrecto puede devastar a los oyentes. Una voz dura, exigente, condenadora, en lugar de una súplica suave, sería tergiversar totalmente al Señor. Por lo tanto, si Él va a ministrar gracia, un profeta debe ser uno que gobierna bien su espíritu (Proverbios 16:21, 23, 24, 32).
- El ministerio de un profeta puede ser una directiva, no sólo para los individuos, sino también para las asambleas; además, algunos profetas tendrán palabras directivas para los líderes nacionales e incluso para las naciones.

Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas. (Amós 3:7)

EL MINISTERIO DE UN APÓSTOL

Un apóstol es uno elegido y enviado por Cristo para que, en primer lugar, sea un apóstol de Cristo, a quien él representa (1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Efesios 1:1; Colosenses 1:1; 1 Timoteo 1:1; 2 Timoteo 1:1; Tito 1:1; 2 Pedro 1:1). Por lo tanto, él no es un apóstol para una organización. En segundo lugar, es uno enviado por el Señor como un compañero de trabajo con Él, ungido como perito arquitecto para sentar bases para nuevas iglesias (Gálatas 1:1; 1 Corintios 3:9-10). Por lo tanto, es enviado a *todo el cuerpo de Cristo*, y no sólo para algunos grupos o denominaciones. Los dos factores, "quien lo envía" y "cuál es su misión" determinan y califican su apostolado.

Los siguientes aspectos son los principales parámetros y funciones espirituales del ministerio del apóstol:

- Él es el "artesano inicial," o arquitecto, en el proceso de construcción de una nueva iglesia, y la autoridad de su ministerio se encuentra en esta unción. Él no es más importante que otros ministros, él es simplemente primero en *el sentido de tiempo*

para el ministerio en la fase de construcción de una nueva iglesia. Él reconocerá la estrategia del Espíritu para la iglesia en esa área.

- Hasta que se designen los ancianos, él posee la responsabilidad y la autoridad para lo que se está construyendo, incluyendo el nombramiento inicial de los ancianos. Tal ministerio apostólico puede que no sea una persona, sino varias. Por ejemplo, Pablo y Bernabé eran apóstoles que viajaron como un equipo, al igual que Pablo, Timoteo y Silvano (1 Tesalonicenses 1:1, 6).
- Los apóstoles se desarrollan en el grupo de los ancianos de las iglesias locales, del que, con el tiempo, serán liberados para viajar, y al cual van a rendir cuentas (1 Pedro 5:1; Hechos 13:1-2; 14:26-28).
- Un apóstol debe reconocer la esfera de su ministerio y no ir más allá de él (2 Corintios 10:13-16). Estas esferas pueden variar ampliamente y cambiar con el tiempo. Por ejemplo, uno podría ser enviado a un país extranjero con diferente cultura e idioma. Aquí él se encargaría de levantar y entrenar a los hombres apostólicos dentro de esa cultura para construir la casa del Señor. Otro hombre puede ser enviado solamente a una pequeña región cercana, que se podría ampliar como resultado de su fidelidad y por los frutos de lo que se construye. En todos los casos, un apóstol debe reconocer las limitaciones del sitio a donde ha sido enviado, y *dejar que el Señor lo expanda en Su tiempo*. Un deseo carnal de tener gran tamaño, cantidades y reconocimiento, puede convertirse en un gran obstáculo para los hombres de Dios.
- Los apóstoles y los profetas tienen gracia para discernir, por revelación, el misterio de Cristo (Efesios 3:4-5). Esta percepción se manifiesta por el profeta en su unción para *declarar fuertemente el corazón de Dios*. Los profetas previenen que los santos se queden "a gusto" en Sión, y que se queden atascados en las rutinas de la tradición. Tal percepción se revela en el ministerio del apóstol por su habilidad en el Espíritu para *comunicar claramente el propósito de Dios* a la gente con *palabras escritas y habladas*. Su ministerio de la palabra será profético en contenido. Él traerá un equilibrio general porque puede ver el "panorama completo" con más claridad que otros ministerios. Ambos ministerios conocerán las prioridades y el énfasis del Señor para ese momento y lugar en el que viven, y esto se reflejará en sus ministerios.
- Los apóstoles (y los profetas) serán hombres cuya *autoridad se basa en su carácter* y no en un puesto. No es principalmente una cuestión de cuánta autoridad uno tiene, sino más bien, de qué tan bien los demás la reconocen y se someten a ella. El Señor Jesús tiene toda la autoridad del cielo y de la tierra, sin embargo, Él no la maneja como con un gran garrote sobre nuestras cabezas. En cambio, Él nos suplica con amor, desde todo lo que Él ha hecho por nosotros, a someternos a Él. Este es el modelo de toda la autoridad espiritual en la iglesia. El amor siempre pide una respuesta. Es así como se estableció la autoridad de Pablo en su ministerio apostólico, como es evidente en sus palabras a las iglesias que él fundó:

Ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos... así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, (1 Tesalonicenses 2:6-7, 11)

Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros. (2 Tesalonicenses 3:7-8)

He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas... (2 Corintios 12:14-15)

Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir. (Hechos 20:34-35)

El carácter de Pablo, que es tan evidente en el tema de los versículos anteriores, era el de un siervo. Pablo fue tan enfático acerca de su rol como siervo, como lo fue acerca de su ministerio de apóstol. Esta relación siervo/apóstol se ve aún más claramente en el ministerio terrenal de nuestro Señor (Filipenses 2:5-11). Por lo tanto, los apóstoles han de manifestar el carácter y la justicia del Señor ante el pueblo como un modelo para ellos imitar (1 Tesalonicenses 2:5-12; 2 Tesalonicenses 3:9; 1 Corintios 4:16). Un apóstol que no estuviera dispuesto a mantenerse a sí mismo por medio del trabajo secular, si es necesario, es un hombre que aún no está quebrantado; y Dios sólo puede usar hombres quebrantados. Una de las consecuencias del corazón de siervo es que va a ser un hombre que busca servir a los demás, no gobernarlos. Un hombre así no hará hincapié en su ministerio, sino que apuntará a la gracia de Dios. Puede tomar años del Señor bregar con un hombre para lograr las cualidades de Su corazón en él, preparándolo suficientemente para un ministerio apostólico válido. No va a ser una persona que sea muy aclamada en el ámbito religioso, porque no se ajusta al *status quo*. Así, el proceso de su entrenamiento incluirá malentendidos y posiblemente persecución. Éstos, junto con las pruebas, tribulaciones, circunstancias desagradables, etc., serán usados por el Señor para el bien en el desarrollo de una estabilidad y calidad de carácter que califica su ministerio.

Existen cuatro calificaciones que marcarán a un apóstol; no simplemente alguien con este llamado, pero uno cuyo ministerio es evidente a través de su fruto.

1. Él demostrará la *gracia* de Dios para tal ministerio.
2. Su integridad será irreprochable y, en particular, Él exhibirá las *cualidades del carácter de un siervo*.

3. La *calidad de lo que el Señor ha construido* a través de su ministerio comprobará que él es un perito arquitecto. Él será capaz de dirigirse a una asamblea y decir como Pablo lo hizo:

... porque el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor. (1 Corintios 9:2)

Es posible que un creyente comprometido lleve gente al Señor, y con el tiempo, funde una congregación bajo supervisión. A pesar de que él ha engendrado la obra, esta persona no es necesariamente un apóstol. La calidad de lo que se ha construido revelará la gracia de su ministerio.

Las iglesias locales son la interfaz del gobierno de Dios a Su pueblo en un sentido *colectivo*. Lo que se construye debe tener la estructura que Dios ha ordenado para facilitar esto. Por lo tanto, no debe ser una organización con jerarquía, sino que debe seguir el modelo de un grupo de ancianos colegas visto en el Nuevo Testamento. La asamblea *no* se centra alrededor de la persona o del ministerio del apóstol. Cristo será central en la visión, el ministerio y el gobierno de la iglesia. Él será libre para actuar como cabeza sobre *todas* las cosas (1 Corintios 3:5-7). Cuando un apóstol deja una iglesia que él ha fundado, ésta debe ser capaz de crecer y prosperar sin él estar presente.

4. La cuarta calificación no es únicamente para los apóstoles, sino que debe caracterizar a todos los que predicán el evangelio del reino. Habrá demostraciones de señales y prodigios para demostrar que el Evangelio es verdadero. Implícito en esto habrá un compromiso a la oración y el evangelismo.

- La manera en que los apóstoles (y profetas) interactúan con las iglesias que han fundado, será *relacional* y *no* gubernamental. Esta relación será más bien como la relación de un padre con un hijo, quien se había ido de la casa y de la supervisión de su padre, a casarse y criar su propia familia. El hijo es el responsable de su familia, pero él podría ser bendecido en gran medida por la contribución de su padre. Cuando estos misterios van por invitación a hablar en otras iglesias, deben venir con sus corazones en *sumisión* al liderazgo existente. Ya sea un pastor, pastor principal, o una pastora quien preside; si Dios honra ese liderazgo, ellos también deben hacerlo. Los apóstoles *no* representan un nivel de autoridad sobre los ancianos locales (o pastores en las iglesias tradicionales). Al demostrar la gracia y el amor de Dios a través de sus corazones de siervos, deben tratar de establecer lazos orgánicos de confianza y de amistad con los líderes locales. De esta manera, el Señor Jesús puede construir Su iglesia en un modo regional.
- Los apóstoles y los profetas serán hombres con corazones para entrenar a otros en su ministerio. Una estrategia clave será tomar los hombres con ellos en viajes de ministerio para ganar experiencia en situaciones de la vida real, y donde la confianza y la amistad puede ser fomentada por el tiempo que pasan juntos. El entrenamiento de Pablo a Timoteo es un ejemplo de esto.

CONCLUSIONES

Las siguientes son cuatro conclusiones principales:

1. Los apóstoles y los profetas son los ministerios esenciales para el equipamiento adecuado de los santos, y para la edificación y la madurez del cuerpo de Cristo. Sin embargo, su servicio *no es más importante* que los otros ministerios (1 Corintios 3:7).
2. La evidencia de ministerios apostólicos/proféticos válidos se verá en el surgimiento de iglesias bíblicas del Nuevo Testamento que apuntan a un solo cuerpo en Cristo.
3. Los apóstoles y los profetas serán hombres que están calificados más por su carácter y compromiso con Cristo y Su propósito, que por obras sobrenaturales del ministerio. Por esta razón, es importante no establecer públicamente un ministerio en su lugar antes de tiempo, no sea que la soberbia se convierta en una piedra de tropiezo y haga daño a la obra del Señor.
4. La cuarta es una conclusión personal. Creo que la restauración de los apóstoles y los profetas será un primer paso desde las muchas divisiones y tradiciones religiosas de hoy hacia la iglesia restaurada y unida por la cual Jesús vendrá.

Es fácil ser atrapado en un área personal de servicio para el Señor a causa de alguna necesidad que vemos. Sin embargo, no son las necesidades del hombre, ya sean sociales, materiales o espirituales, sino el *propósito de Dios* que ha de guiarnos en el ministerio. Existe hoy una demanda urgente de hombres con la compasión y la misericordia para ministrar a estas necesidades, pero deben ser hombres con una vocación fundamental que tienen una visión del propósito de Dios para estos días. Creo que de hecho, el Señor está levantando tales hombres para todos los países y áreas del mundo, incluyendo la nación de Israel; hombres que van a llevar la carga del Señor. No serán los hombres que ministran solos, sino que serán hombres establecidos en la casa de Dios. Recientemente, le pedí al Señor que me revelara la carga principal de Su corazón, y me dirigió a Su oración en Juan 17. En el momento de esta oración, Jesús había completado toda la misión a la cual Su Padre lo había enviado a la tierra para cumplir, con excepción de la cruz, que estaba inmediatamente delante de Él. Todo el propósito de Dios dependía de Él, en Su fidelidad y obediencia, tanto en lo que había hecho, como en lo que todavía haría en el Calvario. Fue en este contexto que Él derramó Su corazón. Cuando examiné el contenido de Sus palabras, encontré que había esencialmente tres temas dominantes en toda Su oración.

1. *La gloria de Dios* se menciona ocho veces en los veintiséis versos y fue el primer tema de Su oración. La gloria de Su Padre tenía prioridad sobre todas las otras preocupaciones. *Nunca* puede haber ningún objetivo más importante en cualquier ministerio que el de glorificar a Dios. Este debe ser un tema recurrente en el ministerio del profeta.
2. En Juan 17, Jesús se refirió siete veces a cuán fiel y verdaderamente Él había representado a Su Padre en Su ministerio: en haber llevado a cabo la obra que a Él se le había dado (v. 4); en dar a los discípulos solamente las palabras de Su Padre (vs. 8, 14); en hacer conocer el nombre de Su Padre a los discípulos (vs. 6, 25, 26); y de mantener a los discípulos en el nombre de Su Padre (v. 12). Esta actitud y

preocupación del corazón es una cualidad clave para un apóstol (y profeta); ¿qué tan bien él representa al que lo envió en Su misión?

3. La tercera gran preocupación en Su oración se refirió al resultado final, o a la consecuencia de Su misión, que es la perfecta unidad y madurez del cuerpo de Cristo.

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. (Juan 17:22-23)

No veo ninguna razón por la cual la carga del Señor sea diferente hoy a lo que fue tan claramente definido hace casi dos mil años. Su carga se expresó en términos del propósito de Dios, no de las necesidades del hombre. Evidentemente, las necesidades del hombre serán satisfechas como resultado de entrar en el propósito de Dios. ¡Por ejemplo, un secreto clave de la evangelización es *claramente residente en la tercera preocupación!*

Por lo tanto, la necesidad del momento es que los ministerios fundamentales se levanten, los cuales van a llevar la carga del Señor. En los días de la profundización de las tinieblas que están por delante, la gloria de Dios va a aparecer sobre una iglesia restaurada (Isaías 60:1-5). Sin embargo, primero habrá un momento de gran agitación en todo el mundo, incluyendo los reinos políticos, económicos y religiosos, de modo que lo que el brazo de la carne ha construido será visto como insuficiente, y caerá (Hebreos 12:22-29). Ya estamos experimentando estas cosas hoy en día. En estos días, la casa del Señor será construida con un fundamento seguro y firme, y la gente correrá a Él (Miqueas 4:1-2). Cada hombre será traído a un lugar de decisión, ya sea a favor o en contra del Señor (Joel 2:14). Los cristianos se enfrentan al llamado de Dios a caminar juntos como "un nuevo hombre" en la tierra; y los no salvos se enfrentan al llamado de Dios a arrepentirse y salvarse.

Es para estos días por venir de ministerio sin precedente, que el Señor está salvando a muchos hoy, y preparándolos para los ministerios apostólicos y proféticos. Es vital reconocer que estamos viviendo en una época de transición y en un día de preparación. El propósito de Dios ciertamente se cumplirá. ¡Él está edificando Su iglesia para que Su gloria se eleve sobre ella!

